

ESTE PERIODICO

se publica

LOS DOMINGOS.

PRECIO

DE LA

SUSCRIPCION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. for.

POR TRIMESTRES ADELANTADO

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PUERTO.



LA REDACCION

y Administracion

RICLA, NUM. 38

A DONDE

SE

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES Ptas.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

DEFUNCIONES.

Cruel va siendo la temporada con personas por muchos conceptos acreedoras á la estimacion pública y á la particular nuestra.

Nuestro apreciable amigo, el dignísimo Auditor de Guerra, Sr. D. Fernando Fernandez de Rodas, ha visto en una semana morir á su único hijo y á su bella y virtuosísima esposa, la Sra. D^a Eloisa Guerrero de Fernandez de Rodas, que hasta en su entierro ha recibido pruebas de las nobles simpatías que inspiró á cuantas personas tuvieron la honra de conocerla. Con toda la sinceridad de nuestro corazon damos el doble pésame al afligido padre y esposo, para quien, seguramente, seria hoy el mundo un desierto, sino contase con los consuelos de sus parientes, y con los de sus numerosos y buenos amigos, entre los cuales tenemos la dicha de contarnos.

Al mismo tiempo que la expresada señora, ha bajado á la tumba un hombre ilustre, universalmente aplaudido por su talento y querido por su carácter. Es el insigne poeta D. Francisco Camprodon, ese estimadísimo amigo nuestro, cuya muerte nos ha sorprendido de la manera mas dolorosa.

¿Cómo? decimos, ¿Así desaparece esa cabeza por la cual han cruzado tantas ideas sublimes? ¿Así podemos perder á ese valiente adalid de la Pátria, cuyo estro hemos admirado tantas veces, ya en sus muchas obras líricas ó dramáticas, ya cuando en el idioma catalan entusiasmaba á sus dignos paisanos, al desembarcar en el

muelle de la Machina, ya cuando en el teatro de Tacon ó en la Quinta de los Molinos infundia el mismo espíritu guerero á los demás voluntarios que de la Madre Pátria venian á combatir por la integridad de la nacion en Cuba? ¿Así nos quedamos sin un amigo, siempre afectuoso, siempre solícito, siempre acreedor al aprecio de cuantos le trataban? ¡Oh! La pena que sentimos no nos permite hoy seguir este trabajo necrológico, que vamos á terminar insertando la siguiente despedida que al vate-patriota ha dirigido uno de nuestros colaboradores, y á la cual nos adherimos todos:

EN LA MUERTE DE MI INOLVIDABLE AMIGO Don Francisco Camprodon. SONETO.

¿Conque todo acabó? ¿Ya no derrama
Tu musa su brillante centelleo?
¿De tu alto nimen al ardor feben
La pobre humanidad ya no se inflama?
¡No! Tu existencia mi razon proclama,
Que si el mundo dejaste, hispano Orfeo,
En el Empíreo estás, donde te veo
Gozar la dicha de la eterna fama.

Contempla desde allá, contempla digó
A un pueblo que su amor por tí denota,
De tu virtud y méritos testigo,
Dar, con el fuego que del alma brota,
¡Llanto al hombre de bien y al fiel amigo!
¡Lauro al vate inmortal y al gran patriota!

FERDUSI.

Como digimos el otro dia, conservamos una composicion inédita de nuestro análogo amigo y colaborador D. Olimpio de Rato y Hevia, ese jóven abanderado del batallon de Covadonga que prometia ser un notable escritor satírico y que ha muerto, víctima de la enfermedad endémica po-

cos dias despues que su hermano D. Hermenegildo, cuando los dos se estaban cubriendo de laureles como bravos soldados y buenos españoles. Hé aquí esa composicion en que se vé la juguetona musa del noble asturiano que tan jóven ha bajado al sepulcro:

NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA.

Si el estilo selvático
De mi cancion Olimpica,
Me hace pasar por rústico
Y merecer la critica;
¿Qué importa, voto á chápito?
Dé yo á la gente discola
Buen varapalo, ¡cáspita!
Para abatir sus infulas;
Y déjense de andróminas,
Los que en fatal política,
Reclaman los esdrújulos
De la presente epístola.

Contrario á toda cábala,
Yo siempre eh mis filípicas
Prefiero á falsa crónica
La narracion verídica.

Ya lo sabeis, satélites
Que en órbitas (no elípticas)
Girais con aire rápido,
Por encontrar solícita

La humanidad aseética,
Que ignora vuestra mímica:
Ya lo sabeis, camándulas,
De aspiracion raquítica,

Que haceis con la retórica
Composiciones químicas,
Ganando de cuadrúpedos
Reputacion legitima.

¿Pasais por grandes ídolos
Entre personas cinicas?
Pues bien; ya que de escándalos,
Por mi desgracia picara,

Se ha de ocupar mi péñola,
Que siempre ha sido explicita;
Dejad que al pobre Céspedes,
Y á su Egéria perinélita,

La que de allá, del Niágara
Banderas man, la horrissonas,
Conságre hoy eptasilabos
En forma laberintica.
¡Oh, visiones fantásticas
De bárbara política,
Que el fuego de los trópicos
Creó con su luz vívida!
¿Dó están esos ejércitos,
Con que, (¡expresion sacrilega!)
Calificais, estúpidos,
A una facción carnívora?
¡Oh, Dios! Tamaña crápula
Jamás pasó por lícita;
Y aunque el tono selvático
De mi canción Olímpica
Me haga pasar por rústico
Entre una turba misera,
Sabed, y esto es muy lógico,
Que no temo esa crítica.
Ya llega la catástrofe
De vuestra causa livida;
Ya en el pendon vandálico
Se vá á ensayar la clínica;
Y este suceso trágico,
Que no previó la clínica,
Explicación lacónica
Tiene, cuanto satírica;
Y es que aquí, como en Nápoles,
Las deudas, sí, mas ínfimas,
Al fin, y al cabo, páganse,
Con creces crecidísimas.

MEHEMET-EL-RAFGAD.

Campamento frente á Ciego de Avila, 9 de Junio de 1879.

CORRESPONDENCIA DE LOS INFIERNOS.

CARTA DE JUNIO BRUTO Á EMILIO CASTELAR.

Ciudadano Emilio: hasta aquí ha llegado la fama de tu elocuencia, y tenemos noticias frescas y calientes de los disparates que dicen algunos de tus amigos, á quienes deberías corregir, si no son incorregibles, haciéndoles saber que la preferencia por esta ó la otra forma de gobierno á nadie dispensa de la obligación de tener amor á la patria.

¡Cómo! ¿Has nacido en la noble tierra que produjo á mi amado discípulo Guzman el Bueno, y no te espantas de ver que algunos paisanos tuyos, por ser republicanos, se creen con derecho á servir á los enemigos de esa tierra?

Discípulo mío llamo á Guzman el Bueno, porque ya sabes que este ilustre varón, entre la muerte de su hijo, ó la entrega de la plaza de Tarifa á los sarracenos, optó por la muerte de su hijo, como muchos siglos antes sacrificó yo los dos pedazos de mis entrañas, Tito y Tiberio, que se habían unido á los enemigos de Roma. Yo era republicano y Guzman el Bueno era monárquico. Ya ves como la diferencia de principios no nos impidió ser patriotas hasta un extremo que hizo estremecer á la madre naturaleza.

Pero si la naturaleza se estremeció, amigo Castelar, con nuestros hechos; si la celebridad que como patriotas con ellos alcanzamos no ha podido indemnizarnos del dolor que sentimos como padres, ¿no vale mas sufrir este dolor eternamente, que morir con la reputación de traidor á la patria que ganó el conde D. Julian, ese miserable que, por vengarse del rey D. Rodrigo que le había hecho una perrada, vendió á su nación, que ninguna culpa tenía de la ingratitud ni de la maldad del soberano?

En verdad, amigo Castelar, algo hubo de comun en el motivo por el cual Tarquino y D. Rodrigo perdieron sus coronas respectivas. Lucrecia en Roma y Florinda en España fueron la causa de dichas catástrofes, con lo que se prueba la razón que tenía cierto corregidor de quien ha dicho Breton de los Herreros:

Cuentan de un corregidor
Nada bobo,
Que siempre que al buen señor
Denunciaban muerte ó robo,
Atajaba al escribano
Que leia la querrela,
Diciéndole: «al grano, al grano,
¿Quién es ella?»

Ya sabes lo que sucedió en Roma. Yo tenía un tío, con el cual no valia lo de: «tío, pásame el río.» Aquel tío era Tarquino el Soberbio, á quien se debería nombrar el Mónstruo, por sus iniquidades. El muy condenado, despues de asesinar á su esposa y contribuir al asesinato de su hermano, asesinó á su suegro, para llegar al trono, y una vez en él, quiso asesinar á todos los ricos para apoderarse de sus riquezas. Empezó á poner en práctica este sistema por mi padre y mis hermanos, á quienes quitó la vida y la fortuna, no logrando yo vivir mas que á la triste circunstancia de ser imbécil, que fué la que me valió el nombre de Bruto.

Un dia, un hijo de Tarquino el Soberbio, atentó á la virtud de Lucrecia, quien declaró el caso públicamente, y acabó por clavarle un puñal en el pecho, al ver lo cual tomé yo la palabra y dije: «¡Romanos, no perdamos el tiempo en derramar lágrimas inútiles. Por la sangre de esta noble matrona, juro que he de perseguir á Tarquino el Soberbio, á su perversa mujer y á sus hijos, no permitiendo que vuelva á reinar en Roma ningun individuo de esa execrable familia!»

Todos los romanos dignos de este nombre juraron lo mismo, incluso Colatino, el esposo de la mujer ultrajada, el cual, no creyó que por la ofensa que se le había hecho debía pasarse á los enemigos de su patria, porque esas cosas solo pueden ocurrírseles á hombres como el conde D. Julian, de quien descienden, sin duda, algunos de tus correligionarios; aunque creo, francamente, que estos son mil veces mas despreciables que dicho Conde, porque D. Julian se pasó á los moros por espíritu de venganza, y los canallas que en Madrid sirven hoy al filibusterismo, lo hacen por dinero.

Pues, como iba diciendo, la gente que, habiéndome tenido por imbécil durante mas de veinte años, me oyó hablar con tanta energía y razón, lo atribuyó á milagro, y entonces fué cuando el pueblo romano supo por mi boca que mi insensatez había sido fingida. ¡Figúrate lo que yo padecería en mas de veinte años que duró la ficción á que debí la vida y con esta el placer de la venganza!

Esto no disminuyó el efecto producido por mis palabras: se decretó la eterna expulsión de los Tarquinos, y por no haber candidato, ni siquiera de las prendas de Hohenzollern-Sigmaringen, quedó proclamada la república, cosa que en aquellos tiempos ofrecía pocas dificultades, por la sencilla razón

de no ser conocidos aun los jacobinos franceses; por no haberse fundado todavía clubs como el de Anton Martín, y por no existir periodistas como los de *El Sufragio Universal*, de quienes con fundado motivo puede decirse lo de Quevedo: «Ni gato ni perro de aquella color.»

Entonces, amigo Castelar, sucedia lo contrario que ahora; causaban miedo los reyes, y para sacudir ese miedo, se derribaban los tronos. Ahora lo que causa miedo es la república, gracias á los republicanos franceses, que se encargaron de hacer pavorosa esa forma de gobierno por medio de la guillotina, y mas gracias aun á los bribones que, no teniendo ningun pudor y queriendo vivir sin trabajar, han predicado como teoria republicana el reparto de bienes y elevado á la categoría de republicana virtud la traición á la patria.

Dime tú, entre paréntesis, si Tarquino el Soberbio, Neron, Luis Onceno de Francia, D. Pedro el Cruel, tu paisano, y otros monarcas por el estilo, no fueron mas republicanos que algunos de tus amigos. A lo menos esos reyes hicieron cuanto pudieron por desacreditar la monarquía, bien que no llegaron á conseguirlo, al paso que tus aludidos correligionarios, trabajan por inspirar horror á la idea republicana, y lo van consiguiendo.

¡Ah! ¡Y á mí me llamaron Bruto con B grande, y no habrá quien llame brutos, aunque sea con b minúscula, á los que se fían de semejantes republicanos!

Pero, vamos al caso. Creían los pueblos entonces que todas las formas de gobierno presentaban ventajas é inconvenientes, y en efecto, si Roma tuvo reyes bárbaros como Rómulo, (que mató á Remo, su hermano, y al buen Lacio para campar solo,) y Tarquino, cuyas crueldades é infamias no son para referidas, también tuvo un Tulio Hostilio, un Numa, un Anco Marcio, un Tarquino I y un Servio, que fueron verdaderos padres de la patria; y al revés, si en Roma hubo reyes buenos, también los hubo perversos, con la circunstancia de que algunos de los buenos fueron usurpadores de la corona que á otros pertenecía.

Si en aquel tiempo, amigo Castelar, se hubieran ya proclamado los derechos del hombre y visto los resultados de esa proclamación, es decir, si hubiera ya tenido lugar la gran revolución francesa del siglo XVIII, de seguro que, al hablar yo de república, me habrían vuelto la espalda los romanos, creyendo que mi imbecilidad no había sido fingida, y los mismos que me ayudaron á vengar mis personales agravios aprovechando el heroico sacrificio de Lucrecia, hubieran gritado inmediatamente: ¡Viva Tarquino! Pero, por fortuna, entonces nadie podía citar nombres espantosos como los de Robespierre, Marat y Danton; nadie tenía noticia de republicanos que simpatizaran con los enemigos de la patria, como los redactores de *El Sufragio Universal*, y así fué que el cambio de forma de gobierno propuesto por mí, se creyó tan factible y exento

de peligros como un cambio de parejas en ese baile que no ha muchos años se nombraba *rigodon*, y ahora, no sé por qué tendencia al bandolerismo, creo que se llama *cue-drilla*.

Establecióse, pues, aquella república, que duró cinco siglos, y produjo héroes y cosas inmortales, aunque también fué fecunda en abusos de autoridad y revueltas populares. Yo noté pronto que Colatino, que compartía conmigo las funciones consulares, era tan incapaz como tú de regir los destinos de una gran nación, y le *desconsolé*, quedándome solo, porque, aunque hice elegir á Valerio, esto fué para enbriar el expediente. Semejante conducta me ha valido la nota de ambicioso, y creo haberla merecido, si he de hablarte con franqueza; porque tuve realmente una ambición desbocada; pero ya quisiérais tú y la mayor parte de tus amigos tener una ambición como la mía. Vosotros estáis deseando mandar para daros tono, y tal vez para no olvidaros de vuestros asuntos. Yo sentía en mí cierta superioridad sobre mis contemporáneos para dirigir los negocios públicos de modo que mi patria llegase á ser la señora del mundo entonces conocido, y se me figuraba que, de permitir á otros disputarme el poder, se perdería el fruto de mis trabajos. En una palabra, tuve la ambición de salvar á mi país y engrandecerlo, no pensando en mi persona como no fuese para sacrificarla cuando fuese preciso en obsequio de Roma. Ya ves si tengo razón para decir que bien quisiérais tú y muchos de tus amigos abrigar una ambición como la mía.

En efecto, los Tarquinos hicieron alianza con pueblos enemigos de Roma, y empezaron á querer recobrar la corona con el auxilio de los veyentanos. Yo les salí al encuentro con el ejército que había podido organizar en breve tiempo, y Roma ganó la batalla; pero en medio de la pelea me vió Aruncio, un hijo de Tarquino, y gritando: «¡Ahí está el enemigo mortal de mi familia; el usurpador del trono de mi padre!» se dirigió á mí hecho un tigre. Si Aruncio tenía ganas de pelear conmigo, no las tenía yo menos de reñir con él; de modo que ambos nos acometimos con una furia de que solo pueden formarse una idea los que conocen la fábula de los dos lobos que se comieron uno á otro no dejando mas que los rabos. Yo clavé mi lanza en el corazón de Aruncio, al mismo tiempo que la lanza de este traspasaba mi pecho, y los dos quedamos muertos en el acto. ¿Qué te parece, Castelar? ¿Iba de veras aquello? ¿Había yo prometido en vano dar mi vida por la patria?

Así terminó mi terrenal existencia, y vine á esta morada de Plutón, donde sigo llorando la temprana muerte de mis hijos, aunque con la convicción de haber cumplido con mi deber como Supremo Magistrado de Roma, y por lo mismo, tengo mas derecho que nadie á reirme de muchos republicanos modernos, entre los cuales hay hombres que entienden que la preferencia que dan al poder electivo sobre el hereditario, les autoriza para cons-

pirar contra el país en que nacieron; otros que creen que la abolición de la monarquía lleva consigo el despojo de la propiedad ajena, y otros, entre los cuales figuras tú, que no hacen nada para desacreditar á los que desacreditan la bandera que enarbolan. No digo mas, Emilio; medita sobre lo que te escribo, y aun podrás merecer un aplauso de tu atento S. S. &c.

JUNIO BRUTO.

LA HONRA DE NUESTROS ENEMIGOS.

Días pasados, en una brillante manifestación popular de que siempre se conservará grata memoria, el Director de este periódico, encargado de hablar en nombre de los beneméritos Voluntarios de Cuba, dijo que los que allí en la Península afirman que dichos Voluntarios deshonoran á la nación, tienen la honra de la Potajera, en la tragedia del Manolo, y esa verdad, que entonces no pudo explicarse sin duda por la solemnidad del acto, servirá de tema para escribir quizá mas de un artículo.

En efecto, ¿qué es honra? El diccionario dice: «Honra f. Buena opinión y fama adquirida por la virtud y el mérito.»

Pero ¿entendemos todos de la misma manera esa palabra?

Si consultamos á los hombres que estan en presidio por delitos probados, no encontraremos tal vez uno que no se tenga por el hombre mas honrado de su época, y así lo comprendió el autor de una pieza andaluza que creo que se titula *Los Celos del Tío Macaco*, al poner en boca de uno de los interlocutores estas ó parecidas palabras: «Yo metí una llave en un cofre, y este se abrió al momento; allí había dinero y lo cogí, por lo cual me acusaron de robo, lo que era falso: porque robar es tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y mal pudo el dueño del dinero significar tu voluntad, no viéndome cuando yo tomaba lo que le pertenecía. De todas maneras siguió el proceso adelante; fuí condenado á presidio, y ahí tiene Vd. perdido á un honrado padre de familia, como quien dice, *por nada*.»

El gran Quevedo, en una de sus inimitables jácaras, tiene estos versos:

Por honrador del estaño,
Escribe de Madrid Juan,
Que Guzque fué luminaria
Del camino de Alcalá.

Bien se comprende que se trata de un monedero falso, á quien se aplicó el castigo de la hoguera, segun las leyes penales de aquellos tiempos, y á quien, por grabar las armas nacionales y el busto del Rey sobre estaño, para hacerlo pasar por plata, se dió el título de *honrador del estaño*, expresión muy propia del génio mas original que el mundo ha conocido, y con la cual ese génio imitó admirablemente el lenguaje figurado y sofisticado de que los hombres avezados al crimen suelen valerse para narrar sus fechorías y disculparlas.

¿Qué hacen, pues, los españoles que toman descaradamente la defensa de los laborantes, suponiendo que estos tienen razón en las calumniosas mentiras que contra nosotros propalan? Son honradores de la traición, como el personaje de la jácara era honrador del estaño, y si por haberse humanizado la legislación, no tenemos derecho, ni lo pretendemos, á mandar á la hoguera honradores de tan vil prosapia, lástima es que no

pueda siquiera resucitarse para ellos la pena de los azotes.

Del calibre de los honradores de la traición y del estaño son las mujeres que, habiéndose desprendido completamente del pudor, miran con tal indiferencia lo que se les dice que, cuando se les echa en rostro su liviandad, contestan con repugnante cinismo: «A mucha honra,» y como sobre el valor de honra tan extraña no puede menos de haber opiniones muy diversas, segun el prisma por el cual se le mire, de ahí la justa celebridad que han alcanzado estos preciosos versos de D. Ramon de la Cruz:

Matute. Conque es preciso hallar entre tu honra
Y mi decreto, alguna conveniencia.

Potajera. Mi honor valia mas de cien ducados.

Matute. Ya te contentarás con dos pesetas.

Podríamos parodiar estos endecasílabos, suponiendo, vgr. que hablaba yo con algun miserable de esos que han tomado dinero para honrar la traición, y diciendo:

Yo. ¿Ea, mal español! Por tus servicios

Al gremio laborante, ¿qué pretendes?

El Traidor. Bien, vive Dios, merezco una corona.

Yo. Ya te contentarás con un grillete.

Ahora bien: siendo tan diversamente interpretada la honra por hombres que tienen diferentes costumbres y principios, ¿qué extraño es que al hombre de bien le crea deshonrado el que hace consistir la honra en la inmundicia y en el crimen, ó lo que es lo mismo, el que tiene la honra negativa, es decir, menos honra? Pues en el mismo caso de divergencias se hallan el traidor y el buen patriota, porque el traidor es el mas vil de los criminales, sobre todo, cuando recibe dinero para trabajar contra la patria, esto es, cuando vende su conciencia, por haberse imbuido en las doctrinas filosóficas de aquel desdichado poeta que escribió conceptos tan abominables como este:

Es el honor avechueho
De condición tan menguada,
Que no nos sirve de nada;
Pero nos priva de mucho.

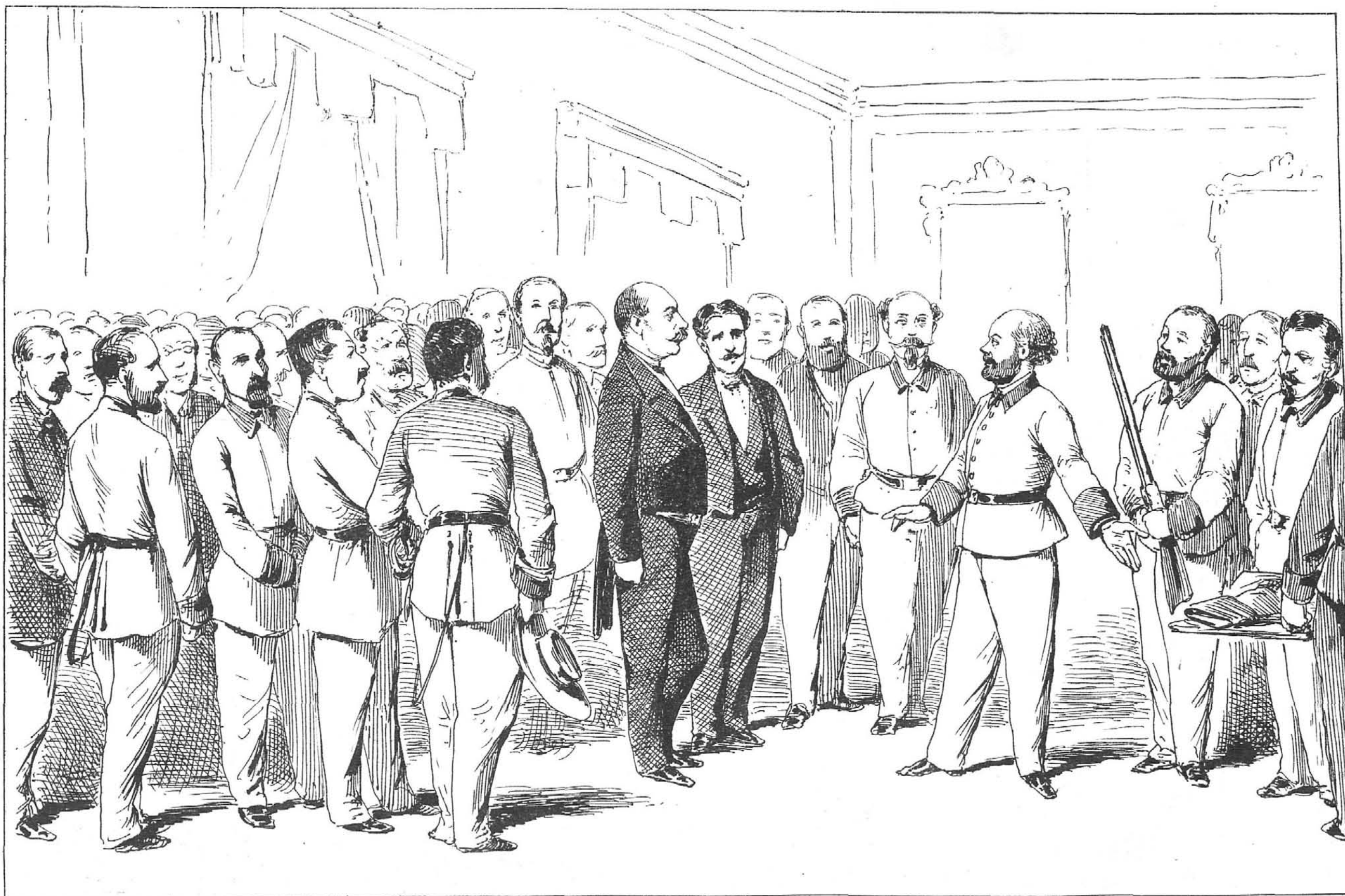
Semejantes hombres deben pensar en moral, en política y en todo de una manera diametralmente opuesta á la generalidad, á la inmensa mayoría de los mortales, cuya natural rectitud de sentimientos ha sido loablemente mantenida por una educación esmerada; y así es que en los labios de aquellos hombres el elogio sería una injuria ó viceversa.

Esto quiere decir que hacen bien los buenos patriotas en rechazar las calumnias contra ellos difundidas por los traidores, pues todo hombre que se ve injuriado debe manifestar no ser insensible á las ofensas que recibe, vengan de donde vinieren; pero, si algun día los traidores llegasen á elogiarles, contra estos elogios, mas que contra las diatribas, deberían protestar los patriotas, pues solo con sus elogios pueden los traidores manchar las reputaciones bien adquiridas.

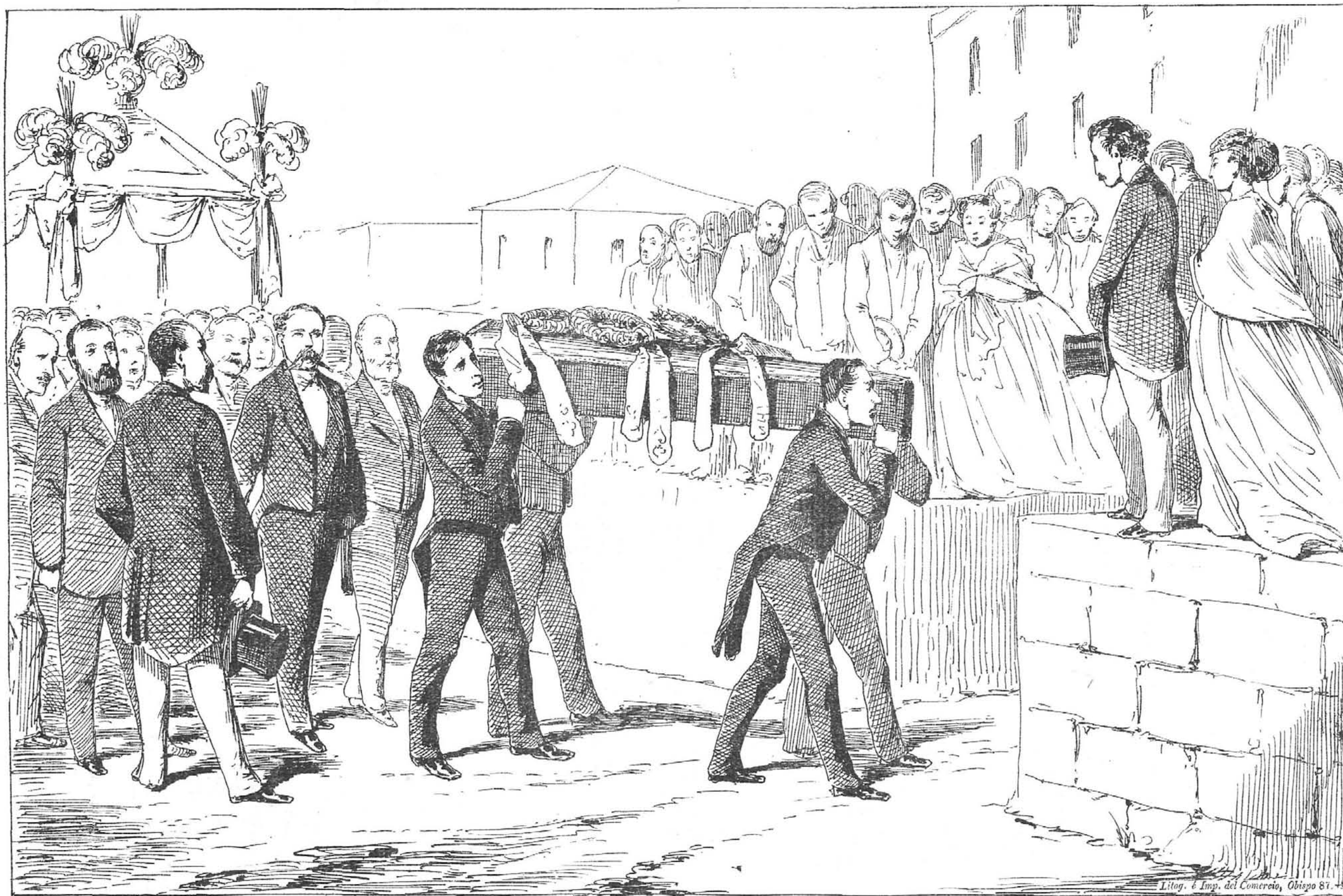
Sigamos, por lo tanto, mereciendo el odio de los traidores, los que hacemos consistir la honra, como dice el Diccionario de la Academia, en merecer buena opinión y fama, adquiridas por la virtud y el mérito, y el que tenga un día la desgracia de verse celebrado por los traidores, acuérdesse del orador que, viéndose aplaudido por una turba de ignorantes, exclamó: ¿se me habrá escapado algun desatino?

AMURATES.

Isidoro. — Por haber recibido tarde el programa de las fiestas de asturianos que se preparan en San Pedro de Versalles, tendremos que dejar para la semana que viene el hablar de dichas fiestas.



Entrega al Excmo. Sr. Don Antonio Caballero del uniforme y armamento de voluntario por la comision de los batallones de Voluntarios de la Habana.



ENTIERRO DE DON FRANCISCO CAMPRODON.

Llegada del cadáver á la capilla de la Beneficencia.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

NOVELA QUE NO ES CULPA DE SU AUTOR, SI TIENE ALGO DE SENTIMENTAL.

(CONCLUYE.)

D. Ambrosio, con los ojos arrasados en lágrimas, estrechó la mano de aquellos dos seres, que todo amor, todo felicidad, le miraban con reconocimiento y le bendecían por la buena obra que acababa de hacer. A él le debían aquella reconciliación; á él le debían aquellos momentos de dicha que estaban pasando y no son comparables á nada en este mundo. Momentos como aquellos no tienen igual ni pueden tenerlo.

En breves palabras contó á Ernesto como le había dicho que se iba á casar con Adela, solo con el objeto de despertar su dormida pasión y probar si su proceder estaba en armonía con el de aquella pobre niña que tuvo valor para declarar su falta antes que hacer juguete de ella á un hombre honrado. Después se despidió de ellos; y con el corazón hecho pedazos los dejó solos para que pudieran saborear la inmensa felicidad que él les había proporcionado, y de la cual le separaba un abismo. ¡Pobre D. Ambrosio! Todo acabó para él..... El amor de Adela había sido su única aspiración. Al tratar de poner por obra su plan, creyó que una vez conseguido el objeto de hacer felices á aquellos dos seres, el testimonio de su conciencia y el placer de haber hecho una noble acción acallarian su amor y contendrían los latidos de su corazón; pero se engañó. Había ido mas allá de lo que le permitían sus fuerzas. Hasta entonces le habíasostenido la idea del bien que con empeño trató de hacer; pero una vez conseguido, tocó la realidad y se encontró solo, solo en el mundo, sin una esperanza, sin un refugio para aquella pasión que llenaba su alma toda.

Por momentos era un lenitivo á sus penas el recuerdo de la felicidad que había proporcionado á Adela; pero cuando pensaba que para hacerla feliz había tenido que arrojarla en brazos de otro hombre, en brazos de su rival..... un dardo cruel le traspasaba el corazón y llegó hasta á maldecir su obra; que le había traído á aquella situación.....

Lanzó una mirada dolorida al balcón donde por tanto tiempo había vislumbrado una esperanza, y con un mundo de recuerdos en su mente, dió el último adiós á aquella casa, á la que no tendría fuerzas para volver en lo sucesivo.

Pasaron algunos días. D. Ambrosio estaba abatido, no salía á la calle, ni iba á ninguna parte. Pero á pesar de todo, su noble corazón le gritaba que había hecho bien y esto le servía de algún consuelo.

Cuando consultaba consigo mismo sobre el paso que había dado para volver á poner en contacto aquellos dos seres, que causaban su desventura, decía que si mil veces se le presentara el mismo caso, otras tantas volvería á hacer lo que había hecho. Se hallaba satisfecho de su obra, aun cuando esta le había destrozado el corazón. No puede darse un alma mas noble, ni una generosidad mayor.

Un día fué Ernesto á anunciarle que al siguiente se casaba con Adela. En nada alteró esta noticia á D. Ambrosio; lo que había pasado no tenía mas allá. Ernesto le encontró muy desmejorado, pero no le preguntó la causa: demasiado la sabía, y tuvo que hacer esfuerzos para ocultar su felicidad por temor de herir todavía mas aquel pobre corazón. Le convidó á la boda y D. Ambrosio contestó que iría si el estado de su salud se lo permitía.

Cuando al día siguiente Adela y Ernesto esperaban á D. Ambrosio para que fuera testigo de su matrimonio, recibieron un billete firmado por él que decía:

«Mis queridos amigos: perdonadme: no puedo asistir á vuestro casamiento aunque bien sabe Dios que lo deseo, pero como jamás he ocultado la verdad, os la diré lisa y llana, para que no forméis mal concepto de mi ausencia en un acto que llena todos mis deseos; amo á Adela: este no es un secreto para ninguno de vosotros. La amo y al proporcionar vuestra felicidad, he causado mi desgracia, destrozándome el corazón. No puedo presenciar vuestro casamiento; aunque es mi obra me haría mucho daño, lo conozco. Dentro de breves momentos estaré lejos de vosotros; esta atmósfera me ahoga. Si andando el tiempo puedo presentarme ante vosotros libre de esta pasión, volveré á ser testigo de vuestra dicha. Para olvidar á Adela necesito encontrar otra que se le parezca: yo la buscaré.

Adios, caros amigos míos; sed muy felices y en medio de vuestra felicidad, consagraad un pequeño recuerdo á este pobre desterrado.

Adios.....

Ernesto se conmovió con la lectura de esta carta, y una lágrima se desprendió de los párpados de Adela, lágrima consagrada al hombre á quien debía su felicidad.

Pero aquello fué una nube de verano. Momentos después se sonreían contemplándose con lánguidos y amorosos ojos.

¿Quién sabe? Como en este mundo no impera mas que el egoísmo; quizá aquellos dos seres tan felices no volvieron á pensar mas en el pobre D. Ambrosio. Y sin embargo, á él solo debían la felicidad que estaban saboreando.

EPILOGO.

Tres años han trascurrido después de los acontecimientos que dejamos referidos, y que han pasado felices y tranquilos para los dos personajes principales de nuestra historia, sin que ni la mas pequeña nube haya oscurecido el claro cielo de su felicidad. Adela era dichosa, pero con esa dicha comunicativa que se deja traslucir hasta en los mas insignificantes ademanes. Ya era tiempo de que así sucediera. Aunque en pocos días, la pobre había padecido tanto.....! también Ernesto era dichoso y jamás marido alguno ha tenido tan ciega idolatría por su mujer.

Una apacible noche del mes de Mayo, estaban los dos esposos sentados en el jardín de su elegante residencia.

Un rayo de luna, aprovechando los intersticios de los árboles, acariciaba el bello rostro de Adela que, radiante de felicidad, contemplaba á un lindo niño recostado en el césped florido y jugueteando con las sedosas lanas de un hermoso perro de Terranova. Una de las manos de Adela se hallaba apasionada entre las de Ernesto, que paseando sus miradas de Adela á su hijo seguía los movimientos de los dos con tierno interés.

De repente volvió ella la cabeza y Ernesto vió que una lágrima resbalaba por su sonrosada mejilla.

—¿Qué tienes? preguntó alarmado.

—No tengas cuidado; contestó ella, esta lágrima es de felicidad; pienso en la inmensa dicha de que gozo á tu lado, y al pensar en ella, no puedo menos de acordarme del que me la ha proporcionado, de D. Ambrosio, que es mi bienhechor. ¿Que será de él? Desde el día de nuestro casamiento, nada nos ha dicho; ni siquiera una letra nos ha escrito. ¿Si habrá muerto?

—No lo creas, Adela, ya sabes que segun nos dijo su apoderado hace dos meses, se hallaba en Paris.

—Si, pero de entonces acá..... cuando pienso en el modo tan extraño que tuvimos de conocerle y en los tormentos que al pobre le hice pasar, me parece mentira que á él le sea dadora de la dicha que disfruto. Sin él, sin su noble corazón, me hubiera visto abandonada de tí, y Dios sabe lo que sería de mí á estas horas. ¿Quién me hubiera dicho el día que tú tropezaste con el pañuelo, que aquel hombre que tan ridículo me parecía y de quien tantas veces me burlé, abrigara unas tan nobles ideas, un tan bello corazón, y fuera el autor de esta inmensa dicha que ahora disfruto? Parece imposible que aquella cabeza, adornada con sombreros tan ridículos, abrigara pensamientos tan grandes y nobles; nunca lo hubiera creído.

—¡Toma! *Donde menos se piensa, salta la liebre*, exclamó una voz conmovida detrás de los dos esposos. Estos volvieron la cara y se encontraron con D. Ambrosio, que había oído todo lo que decía Adela. Ernesto le abrió los brazos, y él se precipitó en ellos, tendiendo una mano á Adela, que ella estrechó con efusión. Después lo llevó á que viera su hijo.....

Poco nos resta que decir. D. Ambrosio se había curado de su pasión, casándose con una linda muchacha que le adoraba y le hacía feliz. Para que todo fuera completo, también se llamaba Adela, y segun D. Ambrosio, se parecía mucho á su homónimo.

Desde entonces, son íntimas amigas las dos Adelas, y no sabemos cual de los matrimonios es mas feliz.

Cuando recuerdan la manera que tuvieron de conocerse, D. Ambrosio suelta una carcajada, y Adela, mirando con amorosos ojos á Ernesto, repite el que ya para D. Ambrosio se ha hecho un estribillo con que le recuerdan su generoso proceder:

Donde menos se piensa, salta la liebre.

CIDE HAMETE BENENGELI.

COMUNICADO.

Sr. Director de EL MORO MUZA.

Muy señor nuestro: En el número 45 de su periódico, correspondiente al 7 del actual, hemos leído un artículo con el rubro «*Bastante hemos hablado*» en el que se nos hacen indirectamente algunos cargos, á propósito de la publicación de *La Quincena* fundada por nuestro querido y malogrado amigo Don Gonzalo Castañon, y al frente de la que continúa hoy *La Propaganda Literaria*. No debemos consentir que el público para quien V. escribió á no dudarlo el citado artículo, pueda suponer en nosotros un proceder que no fuera digno de la amistad que nos unía con el desgraciado Castañon.—Queremos, pues, hacer constar que la intervencion que hemos tenido en el asunto de *La Quincena* á que V. se refiere, fué únicamente con el objeto de que *La Propaganda Literaria* continuase remitiendo mensualmente á la persona designada por el mismo Castañon, la cantidad convenida, y sin perjuicio, (entiéndalo V. bien Sr. Director) de lo que dispusieran los representantes legítimos de los herederos de nuestro infortunado amigo, puesto que á ellos únicamente correspondía el arreglo de este asunto.—Esto mismo hemos hecho saber hace ya mucho tiempo á la apreciable Sra. de V. que, sin duda tan solo por el interés que la inspiraban D. Rodrigo y D. Fernando Castañon, escribió al compañero de uno de los que suscriben para que interviniera en aquella cuestion, creyendo acaso

que se perjudicaba á dichos huérfanos.—Esto mismo tambien hemos contestado á algun otro amigo que, enterado por V. vino á preguntarnos, y esto mismo repetimos hoy para que se sepa siempre que no hemos hecho contrato alguno con *La Propaganda Literaria*, ni nos hemos arrogado facultades que demasiado sabemos no podíamos tener, por mas que á V. le conste el grado de amistad y lazos que nos unen con los herederos del Sr. Castañon: solo hemos procurado que la *Quincena* continuase rindiendo á los menores alguna utilidad, hasta que los representantes de estos, á quienes enteramos de todo, resolviesen lo que conceptuasen mas conveniente á sus intereses.

Suplicamos á V. se sirva insertar estos renglones en su ilustrado periódico, y se repiten con la mayor consideracion sus atentos SS. SS. Q. B. S. M.

VENTURA OLAVARRIETA, EUGENIO ARIAS.

Habana y Agosto 12 de 1870.

CONTESTACION

Del Director del Moro, á los comunicantes.

Sres. Olavarrieta y Arias.

Muy Sres. míos: Empiezo por asegurar que están ustedes equivocados al creer que yo les dirigí cargo alguno en el artículo á que en su comunicado se refieren. El hecho es que en la *Quincena* de la *Propaganda* se dijo que esta agencia de publicaciones remitía mensualmente cierta cantidad á cierto punto de la Península, en virtud de cierto contrato, y que de la tal remision eran ustedes sabedores, á lo cual contesté yo: «Si; pero lo que esos señores y el público debieran saber es la formalidad con que se ha dispuesto de la propiedad del difunto, etc.»

¿Es esto dirigir cargos á ustedes? Entonces tambien seria hacer cargos al público. Eso, señores míos, fué dirigir un cargo á los que, habiéndoles enterado á ustedes y al público de la puntualidad con que se cumplia un convenio, ni al público ni á ustedes les enteraron de las formalidades legales con que se celebró ese convenio que se cumplia al pié de la letra. Y que de esas formalidades debió darse cuenta, es bien claro, porque si alguna persona se hubiese arrogado facultades que solo á tutores y curadores pertenecen, ni ustedes, ni el público lo aprobarian.

En una palabra: yo dirigí un cargo á los que dejaban sin respuesta una pregunta mia, y si hubo convenio á los que lo celebraron sin aptitud legal para ello: Que estos no deben ser ustedes, bien terminantemente lo dicen en su comunicado, en el cual con satisfaccion he leído estas palabras: «para que se sepa siempre que no hemos hecho contrato alguno con *La Propaganda Literaria*, ni nos hemos arrogado facultades que demasiado sabíamos que no podíamos tener.»

No hubo, pues, cargo para ustedes, y con haberlo comprendido así, y con reparar en que si yo me permití citar los nombres de ustedes fué porque la *Quincena* de la *Propaganda* los citó antes, para probar un hecho cuando debía demostrar otro, hubieran ustedes podido ahorrarse la pena de escribir su comunicado.

Ahora, si, quizá les daré motivo para escribir con razon algun otro comunicado, ya que ántes lo escribieron sin ella.

Por ejemplo, ustedes dan por cosa corriente que la *Quincena* de la *Propaganda* fué fundada por D. Gonzalo Castañon, y aquí les hago el cargo de aplicar con demasiada facilidad la primera de las virtudes teologales, consistente en creer lo que no vimos, á asuntos profanos en que la duda es permitida. Porque harto estoy de decirlo; si lo que Castañon fundó era lo que se daba como *Suplemento á La Voz de Cuba*, y esta parte de la inscripcion ha desaparecido, ¿cómo se puede sostener que una *Quincena*, que ya nada tiene que ver con *La Voz de Cuba*, es la fundada por Castañon? A esta pregunta nadie me contesta, y es lo primero á que debiera contestarse.

Además, ¿Se sabe, se puede saber quién fundó la antigua *Quincena*? Yo tengo entendido, por declaracion ingenua de uno de ustedes, que no parece la licencia en cuya virtud empezó á publicarse dicha hoja, y aunque no llego á presumir que se haya podido llevar el desprecio á las leyes al extremo de estar publicando durante año y medio una hoja sin la indispensable licencia del Gobierno Superior de la Provincia, bueno será buscar ese documento, para saber quién fué el fundador de la *Quincena*. ¿Se encargarán ustedes de hacer estas averiguaciones? Mucho adelantariamos con ellas para llegar á un acuerdo, y no es difícil lo que propongo, puesto que, aunque la licencia se haya extraviado, los antecedentes que deben obrar en la Secretaría del Gobierno Superior no han podido extraviarse.

Entre paréntesis; he hecho uso de la revelacion confidencial de uno de ustedes, con respecto á lo de la licencia, porque, como ustedes me citan una carta, tambien confidencial, escrita por mi señora sobre el asunto, creo que no tendrán ustedes, como no lo tengo yo, el menor inconveniente en que se publique todo lo que sobre eso mismo hemos escrito ó hablado privadamente.

Por lo demas, ya que tanto se interesan ustedes por los parientes de Castañon, lo que es natural y plausible, bien podian haber prestado alguna atencion al párrafo de mi artículo en que, suponiendo la existencia legal de la *Quincena* (lo que prueba que estaba yo en la via de las concesiones), partiendo de la hipótesis de que dicha *Quincena* fué fundada por Castañon (lo que se sabrá cuando parezca la licencia, ó se consulten los antecedentes) y dando por hecho que los que celebraron el contrato que hoy está cumpliendo la *Propaganda* no se arrogaron facultades que no tenían (lo que no es absolutamente imposible) manifestaba el pesar de que no hubiera habido pública licitacion, en la cual habria yo tal vez mejorado en un ciento por ciento las proposiciones de la *Propaganda*. Ya ven ustedes que mi deseo era coadyuvar al suyo, aumentando la herencia de los parientes de nuestro malogrado amigo.

Todo puede remediarse aun. Busquen ustedes la licencia, ó sus antecedentes, para

que se pueda sacar algun fruto de esta polémica, y despues que la licencia parezca, ó que los antecedentes se examinen, pasaremos á las otras cuestiones de derecho iniciadas en mis artículos anteriores.

Con tal motivo tiene el gusto de ofrecerse de Vds. atento S. S. Q. B. SS. MM.

EL DIRECTOR DE EL MORO MUZA.

MAÑANAS DE LA GRANJA.

(CONTINUACION.)

En la actualidad las cosas han variado completamente de aspecto. El que sigue los pasos de una mujer en el Prado ó el Retiro, no hace gran sacrificio, pues goza de los placeres que procura una tarde apacible, un ambiente puro, un sol templado y una vistosa concurrencia, entre la que encuentra á sus amigos ó á otras personas, con las que inicia ó termina algun negocio perentorio.

El que la sigue á la Iberia ó al Suizo, tampoco hace un gran sacrificio en sentarse á una mesa inmediata y saborear, entre guiño y guiño, una cucharada de sorbete de grosella, vainilla ó crema de café.

El que la acompaña al teatro, tampoco hace un gran sacrificio en arrellanarse en una butaca y dejarse arrebatar por la Alboni ó Teodora, Ronconi ó Arjona.

El que la habla en un sarao, tampoco hace un gran sacrificio en bailar agradables polkas ó redowas, cultivando de paso provechosas relaciones, y atrapando al vuelo un vaso de ponche de los que, en magníficas bandejas, circulan por el salon.

Por último, y esto raras veces sucede, el que se proporciona un duelo, no se expone á otros riesgos, gracias á la filantropía de los armeros y padrinos, mas que á los de una ligera indigestion del succulento almuerzo que sirve de habitual epílogo á la bélica parodia.

Así es que por los afortunados tiempos que atravesamos, cuando el amor no es una especulacion, es un recreo agradable, una ocupacion tranquila, un placer sin amarguras, una flor sin espinas.

De aquí el que una mujer se halle en la imposibilidad de distinguir cuál de sus adoradores es el que la considera como una distraccion de sus trabajos de oficina, y cuál el que la idolatra, y vive y goza cuando la vé, y pena y sufre cuando se halla distante de ella.

Antes al contrario, como el amor no consiste en el dia sino en palabras, las mujeres, salvas ligeras excepciones, prefieren al que las cubre de flores y las deslumbra con una chispeante conversacion, á aquel que, sofocado y confuso, solo acierta á tartamudear un cumplido.

Y sin embargo, el primero es capaz, á lo sumo, de recoger un abanico que se cae en el suelo, y el segundo arriesgaria su vida por una simple mirada.

De las profundas observaciones que el autor ha hecho en la materia, deduce los axiomas siguientes:

I.

El hombre que mejor expresa su amor, es el que menos lo siente.

II.

En los jóvenes de menos de veinticinco años, el verdadero enamorado es el que, á la vista de su amada, parece ahogarse en el corbatin.

III.

El mas apasionado es el que, á una hora de conversacion con ella, solo acierta á decirle: ¿cómo está V? ¿y mamá? ¿qué buen tiempo hace! ¡hace mucho tiempo que no llueve! y otra porcion de cosas interesantes, al paso que con cualquiera persona sabe sostener una conversacion agradable y nutrida de gracia y chiste.

En este último caso, fuera de lo que tiene de linsonjero, se hallaba, desgraciadamente, el autor, y presagiando una derrota completa, creyó prudente abstenerse, retirándose como Aquiles á su tienda.

Pero no porque aparentase una calma engañosa consiguió borrar de su memoria aquellos penetrantes ojuelos, cuyo recuerdo, mas vivo que en otra parte, le asaltó en las florestas de la Granja.

A ellos van dedicados este artículo y los demas que le siguen, pensados bajo la sombra de un frondoso tilo, á las márgenes floridas de un cristalino arroyuelo, y escritos en algunas frescas mañanas en que se desliza la pluma sobre el papel como el hábil nadador sobre las aguas de la elegante playa de Biarritz.

VELISLA.

Real Sitio de San Ildefonso, 12 de Agosto de 1852.

MISCELANEA.

A varias personas que nos dirigen reclamaciones, cuando les falta otro periódico satírico, al que se han suscrito creyendo que todos los periódicos de ese género están dirigidos por el ciudadano español J. M. Villergas, hemos contestado particularmente, haciéndoles saber que Villergas solo dirige y redacta EL MORO MUZA. Lo mismo decimos hoy en letras de molde á todos los escritores que en Madrid, en Nueva York, en Méjico y en otras partes tienen la singular manía de atribuirnos todo lo que en otros periódicos satíricos se publica. Villergas solo escribe en EL MORO MUZA y solo responde de lo que en este periódico se imprime.

Hacemos esta aclaracion, porque el error que tanto se ha generalizado en este punto, ofrece inconvenientes para nosotros. Por ejemplo, otro periódico satírico de la Habana, con el cual no tenemos relacion alguna, escribió hace poco tiempo un artículo atacando al Sr. D. Juan Sevilla, Agente Comercial de España en Vera-Cruz, y en seguida *El Eco Hispano-Mejicano* ha hecho cargos á Villergas por el expresado artículo.

¿Qué tenemos nosotros que ver con lo que otros hacen?

Ahora diremos que lo que ha aparecido en EL MORO, es una caricatura en que se ha creído lastimado nuestro antiguo amigo el

Sr. Don Juan Sevilla, de quien hemos visto una carta en que se sincera del cargo que en dicha caricatura se le dirigía, y como nosotros á nadie atacamos sistemáticamente, y menos á los amigos, en el próximo número haremos las aclaraciones que la imparcialidad nos ordena, y que por falta de espacio no pueden aparecer en este número de nuestro semanario.

El Sufragio Universal de los filibusteros, y le llamamos así, porque aunque ese *Sufragio* se denomine *Universal*, solo tiene la *universalidad del filibusterismo*, acaba de descubrir que Villergas despues de haber sido absolutista, progresista y republicano, se ha hecho *negrero*.

Y viendo que de ese modo
Hay quien propala monsergas;
«No direis, dice Villergas,
Que no he probado de todo.»

La verdad es que Villergas no recuerda los cambios de casaca que le atribuyen los que han cambiado la suya mas de cuatro veces; pero, en fin, si los pobres no encuentran mejor desahogo que ese, ¿por qué no han de tenerlo? Solo una cosa siente Villergas en los versos que le ha dedicado *El Sufragio Universal* tratándole de negrero y de inconsecuente, y es que dichos versos sean de los mas detestables que ha leído en su vida; porque Villergas tiene tanto amor á la buena poesia, que hasta cuando se escribe contra su persona, quisiera poder decir:

Tiene este escrito sabor
De injusticia garrafal,
Haciéndole gran favor;
Pero siquiera el autor
No es un solemne animal.

Porque, lectores, no es broma: se conoce que *El Sufragio Universal* es una sucursal de la Enramada, donde se han refugiado algunos viejos sinsontes, y de ello se dará una prueba la semana que viene, copiando los versos que tanto le han dolido á Villergas, no por los insultos que contienen, sino por ser muy malos versos.

¡Pícaro poeta! No contento con hacer malos versos, tiene la desvergüenza de escribir en *El Sufragio Universal*!

Bien que, si no escribiera en ese despreciable periódico, ¿dónde habia de escribir? Allí está en su elemento.

Que *El Sufragio Universal*
Y su coplero ramplon,
Evidentemente son.....
Es claro, tal para cual.

El dinero de los laborantes va escaseando, y esto se deduce de que, habiéndose propuesto esos señores comprar escritores en Madrid, solo han podido comprar escribidores, ó en otros términos:

Aun cuando volar quisieron,
Plumas de águila comprando,
Solo dinero han tenido
Para comprarlas..... de ganso.

Y á todo esto, ¿se sabe ya quien hizo de Napoleon en la comedia con que el célebre Quesada engañó á su digno secretario, Don José de Armas y Céspedes (á) Don Pepito? Esto lo preguntamos, porque parece que

hubo una entrevista, y ya sabemos oficialmente que Napoleon III no se dignó, ni podía dignarse recibir al infame Quesada; de lo que se deduce que este tunante, con el fin de especular á su regreso á Nueva-York, empezó por engañar á su digno secretario, llevándole á una entrevista que tuvo sin duda con algun galopin, que, por el premio de quince ó veinte francos, desempeñaría su papel de soberano á las mil maravillas. D. Pepito quedó encantado con aquello que tomó por lo serio, y he ahí el origen

De la flamante espada
Que ha sacado á su vuelta el gran Quesada
Para tenerla..... pues, siempre envainada.

Los prusianos no pierden una batalla, segun los despachos telegráficos de Berlin, y los franceses las ganan casi todas, segun los telegramas parisienses.—¿Por quién apostamos? Por nadie; pues lo mejor que para nuestro gusto podia suceder seria que prusianos y franceses se hicieran amigos; pero si se nos pone en el caso de decir quién saldrá victorioso en la colosal contienda, le diremos sin rebozo, puesto que ya lo hemos adivinado:

Si, en verdad; ya estamos viendo
Que del conflicto tremendo
Que estamos hoy contemplando,
Tiene que salir ganando.....
El que no salga perdiendo.

Decíamos no ha muchos dias que alguna invencion debia hacer su papel en la guerra franco-prusiana, y en efecto, en esa guerra han aparecido las *ametralladoras*.

La invencion parece que no vale mucho, puesto que las ametralladoras no pueden colocarse donde los cañones contrarios alcanzan á impedirlo, por cuya razon no queremos preguntar quién es el autor del descubrimiento. Si este valiese algo, si, trataríamos de ver cómo podíamos desmentir al que ha dicho, no recordamos donde, que los hombres que cultivan las ciencias no han sido nunca los inventores de los instrumentos de que para sus progresos se sirven, fundándose al decir esto en la justísima observacion de que ni la brújula se debe á un marino, ni el telescopio á un astrónomo, ni el microscopio á un fisico, ni la pólvora á un militar, ni la imprenta á un literato.

Al Sr. D. Francisco de P. Roca.

Solucion al acertijo del número anterior.

«Leidas como se deben»
Las propuestas *Cinco letras*
Que forman el acertijo,
Claro está; dicen de fijo
Que *CCPDD* nunca fué
La solucion que encontré,
Que á no dudarlo ser debe
Horro ¿Dime, no acerté?

Un Voluntario de la Compañía de «Chapelgorris del Cerro»

Charada.

La primera con la cuarta
Algo que se agita anuncian,
Y tercera y cuarta en abrigos
Algunas personas usan.
Es digno de recompensa
Quien hace prima y segunda,
Y quien se dedica al *todo*
Merece severas tundas.

IMPRESA «EL IRIS» QUISPE 20.